

Por segunda vez me corresponde inaugurar el año académico de nuestra Universidad. Hoy día lo hago en un ambiente que se ha cargado de tendones que nos alcanzan todos. Por esto, mientras que el año pasado me dirigía principalmente a los alumnos recién ingresados, hoy quisiera hablarles a todos los miembros de nuestra comunidad universitaria, y le pido a Dios que me dé palabras que puedan llegar tanto a los más experimentados como a los jóvenes, así como a los docentes, estudiantes, tanto a los más jóvenes como a los administrativos con los que siempre hay comunicación. En estos momentos, para que podamos ayudarnos mutuamente a escuchar la voz de Dios que nos habla en nuestra propia historia.

INAUGURACIÓN AÑO ACADÉMICO 86

ABRIL 86.

Les pido que reflexionen sobre la
de vivir. Que hoy nos enfrentamos con los
presencia del Señor Jesús, pero bien interiorizada
que nos impulsa a que la relación de
problemas personales, como la de los
problemas sociales que están en el mundo.

Por segunda vez me corresponde inaugurar el año académico de nuestra Universidad. Hoy día lo hago en un ambiente que se ha cargado de tensiones que nos afectan a todos. Por eso, mientras que el año pasado me dirigía principalmente a los alumnos recién ingresados, hoy quisiera hablarles a todos los miembros de nuestra comunidad universitaria, y le pido a Dios que me dé palabras que puedan llegar tanto a los más experimentados de los maestros como a los más jóvenes de los estudiantes, tanto a los académicos como a los administrativos. Con todos quisiera hoy compartir las enseñanzas del momento, para que nos ayudemos mutuamente a escuchar la voz de Dios que nos habla en nuestra propia historia.

Les pido que reflexionemos sobre lo que acabamos de vivir. Aun hoy nos sentimos conmovidos por la presencia tal vez ingenua, pero bien intencionada de alumnos que imaginan que la solución de sus propios problemas personales, como la de complejos problemas institucionales se halla en manos de unas

pocas autoridades. Los hemos acogido con el afecto debido a hijos de nuestra propia Universidad, y hemos querido darles el testimonio de que sentimos sus problemas como si fueran nuestros, y de que estamos haciendo todo lo que se encuentra en nuestras manos para contribuir a solucionarlos o al menos para aliviarlos. Pero ¿podemos legítimamente ignorar la desorientación que los ha llevado a una acción tan desproporcionada y aun tan peligrosa? ¿No se ha originado ella en ese clima de frustración y desconcierto que oprime a parte de nuestros jóvenes, mientras que otros viven en la indiferencia y aun en el egoísmo? ¿Estaremos en riesgo de que nuestra juventud pierda la fe de que está llamada a una vida creativa, a una existencia noble y consagrada, a la apasionada entrega al amor de Dios y de los hombres, al goce de una obra realizada? Qué triste es el espectáculo de los adultos que no tienen una palabra que decirles a los jóvenes para romper el espejismo de sus seudovalores, para mostrarles un camino, para afirmar sus pasos aun cuando sea al riesgo del rechazo o de la incompreensión. A nosotros no nos es lícito caer en la

hipocresía o en el el conformismo de aceptar todo lo joven como si fuera bueno. A nosotros en una Universidad tampoco nos es lícito desoir la voz y la enseñanza de los jóvenes, rehuir su contacto despreciar sus angustias, ignorar sus ilusiones. En esta institución, creemos que los jóvenes tienen mucho que aprender de nosotros, y creemos también que su contacto es la más rica fuente de inspiración para nosotros mismos. Somos miembros de una institución docente de la Iglesia de Cristo, y no podemos olvidar que El tuvo piedad de los que iban siguiéndole como si fueran ovejas sin pastor, y que al verlos así, se puso a enseñarles largamente.

Estoy convencido de que en los momentos de crisis, más bien que darle vueltas con el pensamiento a la coyuntura y a sus consecuencias inmediatas, hay que tratar de ir al fondo de las cosas. Creo por eso que es bueno que pensemos un instante en la naturaleza de la institución en la que estamos. Esta es una obra educativa. Ella está hecha para sacar al hombre de la penumbra de la ignorancia, del prejuicio y de la indefinición.

cultural, y para darle acceso a un ámbito más libre en el que pueda ser más plena y reflexivamente el protagonista de su propia perfección humana en la realización de su obra y en el servicio a los demás.

Formamos una Universidad. Y eso es una comunidad comprometida a una tarea, la cual es al mismo tiempo un estilo de vida. ¿Y qué es aquello que tienen de común los trabajos del más joven de los alumnos y los del más experimentado de los maestros, cuál es ese esfuerzo al que colaboran el técnico, el funcionario, el auxiliar de la Universidad? ¿Qué es lo que junta en una misma institución al que se perfecciona en una profesión, al que investiga, al que busca ampliar su horizonte cultural? Lo que hacen todos ellos es adelantar el conocimiento. Lo adelantamos en nosotros, por el estudio y la reflexión, o lo adelantamos en sí mismo cuando alcanzamos ideas o hechos nuevos en el trabajo de investigación.

Pero adelantar el conocimiento no es una tarea fría, desligada del destino humano, de espaldas a las

angustias y los anhelos del hombre. Muy por el contrario, por el conocimiento, el hombre se hace más humano, el mundo se hace más habitable, se hace morada del hombre. El conocimiento es un verdadero acto de creación que le da forma al mundo y al hombre, y por el cual cumplimos como por ningún otro con nuestra vocación esencial de ser imagen y semejanza del Dios creador. Es tarea difícil, y lo ha sido siempre. La larga historia del perfeccionamiento del espíritu humano se ha desarrollado entre guerras, revoluciones, conflictos religiosos y sociales; ella está jalonada de martirios, ha sido estigmatizada por el desprecio de los bárbaros y se halla sostenida, sin embargo, por la luz de una esperanza que una vez encendida ya no se puede apagar.

Y nuestra institución universitaria nació un día, y vive aun de un descubrimiento trascendental, de una especie de acto de fe de que la búsqueda en común del conocimiento, es un don que la sociedad humana necesita para vivir, y que si se la priva de él, la sociedad se verá empobrecida hasta la muerte.

Estas no son palabras vacías. Todos vemos cuán urgentemente necesitamos de los pensadores, de los artistas, de los profesores que enseñen a los niños, de los profesionales que modelan el mundo, de los científicos, de todos los hombres que son sensibles al impulso de crear y de saber, de buscar caminos nuevos, de sacudir la rutina espiritual.

Pero el conocimiento que cambia y ennoblece al hombre tiene algunos supuestos. No se da en cualquier terreno. Para conocer en la forma a la que aspiramos, hay que amar al hombre y hay que creer en él. Amar significa volcarse sin reservas al bien del otro, no guardarse para sí, como se vuelca el que enseña en el que aprende. como ensancha su corazón el que aprende hacia el que enseña. Pero para amar al hombre, hay que creer en él. Y nuestro siglo, lleno de progresos tan brillantes, ha creído poco en el hombre, ha pensado bajamente de él. Algunos lo miran como un resultado de relaciones sociales y de producción, o como un ente más en el mundo material, y hay quienes lo ven como la afirmación de una voluntad de ser que reniega de la

razón y la desprecia. Para todos ellos, un ente desprovisto de sentido, dignidad y trascendencia. Sobre bases como éstas, no se puede edificar un conocimiento humano que ennoblezca al hombre y que sirva a la humanidad. Sobre esas bases se edifica una deformación monstruosa del conocimiento humano, que oprime al hombre y lo envilece.

Pero la Universidad fué concebida como el hogar espiritual de un hombre dotado de inmensa dignidad, sujeto libre, capaz de perfeccionarse, y llamado, precisamente por eso, a conocer.

Al mirar las cosas bajo esa perspectiva, entendemos por qué razón la institución universitaria fué creada precisamente por la Iglesia. Porque es la fe cristiana la que le da el fundamento sólido y real a esa dignidad del hombre que intuimos. Cuando en el fondo de nuestros corazones nos negamos a creer que el hombre sea esa cosa indigna que nos pregonan los materialismos, cuando nos damos cuenta oscuramente de que él es

merecedor de un respeto radical, de que es nuestra libertad la que construye nuestro mundo, entonces estamos entreviendo en la penumbra aquello mismo que proclama gozosa la fe de la Iglesia: somos hijos de Dios, hemos sido creados para El, somos imagen y semejanza suya, no hay nada que sea demasiado grande para el hombre, puesto por encima de los ángeles, y nada, salvo el mismo Dios, que pueda saciar nuestra nostalgia.

Y entonces qué grandeza es la que entrevemos en la vida del que enseña, del que forma a otros, del que trata de abrir sus almas a la verdad. Y qué grandeza también en el que quiere aprender, en el que busca aprender, en el que siente la sed, la verdadera sed de saber.

Me dirijo a los profesores de esta casa, a mis compañeros, mis amigos, mis hermanos en tantas horas de esfuerzo común, para pedirles que seamos dignos de la vocación que hemos recibido, que nos entreguemos de verdad a la inmensa tarea de formar a la juventud. Me dirijo a los estudiantes que

son la luz, el corazón, la alegría de esta casa: les pido que comprendan la grandeza y la gloria de la oportunidad que pasa por una sola vez en sus vidas ante ellos: porque los que malgasten la juventud en frívola insolencia, verán deshacerse sus vidas como muere un río en el desierto. La tarea formativa es de todos, a todos nos concierne y compromete, todos somos objetos y sujetos de ella, ella es parte del más hondo sentido de nuestra Universidad.

Lo que digo, ayudará tal vez a comprender por qué creo tan apasionadamente en la necesidad de la institución universitaria. Creo que ella es indispensable para la humanización de la sociedad. Pero creo que como todas las obras del espíritu, ella es frágil, hay que defenderla y resguardarla. Ella no puede ni debe ser ajena a los conflictos y tensiones que agitan a la sociedad: obra humana, comparte las alegrías y los dolores de los hombres de su tiempo. Pero no debe tampoco permitirse que los conflictos sociales la desgaren, que ella misma se transforme en un campo de batalla, que el contradictor, lejos de ser necesario para mí se transforme en mi enemigo,

en un peligro. Acordémosnos de que nuestra obra trasciende el minuto que vivimos y todas sus tensiones. Sabemos que cuando todas estas tensiones que hoy día nos parecen lo único importante sean ellas también cosa del pasado, y hayan sido sustituidas por otras, nuestra comunidad nacional seguirá necesitando de la presencia multiforme de nuestra Universidad; seguirá siendo verdad que nuestros jóvenes requerirán una formación humana y profesional, que nuestra sociedad necesitará de nuestras investigaciones, porque estamos aquí no en virtud de razones circunstanciales, sino por necesidades profundas que eran verdaderas mucho antes de la presente coyuntura, y que seguirán siendo verdad cuando ella pertenezca al pasado más remoto.

Pero también sabemos que nuestra Sociedad de mañana podrá tener acceso a los bienes que dispensa la Universidad, sólo en la medida en que nosotros seamos capaces de defenderla hoy día. Y que necesita defensa es hoy y siempre una realidad. Mi niñez y juventud fueron testigos, cierto que

muy lejanos, pero asombrados, de la insolencia arrogante de aquellos grupos nazis que con su estentóreo desprecio barrían las más viejas e ilustres cátedras del mundo, o del grito de imuera la inteligencial, que resonó un día en los claustros de una de las Universidades que forjaron a Europa, como preludio de una tragedia estremecedora. Hace pocos días, vi surgir ante mí, como un fantasma de esas cosas olvidadas, una reedición de esos clamores antihumanos, y no pude menos que pensar ¿ dónde está lo que hemos descuidado ? Estos que así se degradan a sí mismos ¿ lo estarán haciendo porque el hambre de un pan espiritual que ellos tal vez tenían, no encontró en el momento oportuno la mano amiga que la viniera a saciar ? Es por eso, que, sin ánimo en absoluto de hacer política, quiero dirigirme con todas las fuerzas de mi alma a los jóvenes, a los más jóvenes, a los que hoy ingresan, de quienes esperamos que sean un día nuestro gozo y nuestra corona, para decirles que no se dejen engañar, que la dignidad del hombre, su libertad, su religión, no son simples construcciones ideológicas, reflejo de la estructura social o de las relaciones de

producción: no sigan ese camino siniestro y sin retorno. Comprendan que él está reñido con lo más central de la fe cristiana que es el núcleo de esta universidad, y que no puede haber nada más doloroso que ver que esas ideas que educan a la juventud lejos del respeto a los hombres y del temor de Dios, se enfrenten a nosotros en el ejercicio de nuestra propia tarea educativa.

Quiero pedirles que así como rechazan ese mundo de ideas antihumanas, no se hagan tampoco conformistas con los poderosos, y menos aun conformistas con sus propios egoísmos, que no le den culto a los valores del mundo, que comprendan que estamos llamados a crear una sociedad según la intención de Dios, en que haya respeto, participación y dignidad para todos.

Cada uno tiene su puesto en este combate, que no es combate de fuerza, sino de razón y de amor. Les pido que rueguen que yo sea fiel en mi propio sitio. En estos días de amargas inquietudes, he mirado muchas veces esta casa que nos alberga,

para decirme: esta es la casa, los mismos muros, las mismas aulas que acogieron hacen ya más de cuarenta años mis primeras vagas, generosas inquietudes de estudiante; aquí he encontrado los maestros que me formaron, los compañeros que me sostuvieron y me enseñaron, los discípulos y alumnos que me han hecho por muchos años el supremo honor de su confianza; aquí se ha configurado mi destino; aquí reconozco el designio amoroso de Dios sobre mi vida. Hoy estoy llamado por la Iglesia a dirigirla; no le pido a Dios un largo rectorado; no le pido ni la fuerza ni la pujanza de la salud, ni el éxito en las empresas que me toque acometer, ni siquiera la comprensión de aquellos a quienes estoy llamado a dirigir; le pido solamente que me haga fiel, que me haga fiel hasta lo último, fiel con humildad y con firmeza, y que nos dé a todos nosotros la gracia de hacer Su voluntad, esa voluntad que es nuestra paz; y pido para ustedes la misma impertérrita fidelidad, la misma confianza, porque si grandes son las dificultades, y aun los peligros con los que el mundo y nuestras propias pasiones, debilidades y defectos nos amenazan, sigue

siendo verdad , inmensamente verdad, que si Dios
está con nosotros ¿ qué podrá hacernos el hombre ?